

## CAPÍTULO I

Probablemente no conmemore muchos otros cumpleaños en vista de las últimas dolencias a las que se ha visto sometida mi salud. Mi hígado tal vez sólo resista dos o tres años más y deje de filtrar las ingentes cantidades de alcohol a las que no le queda más remedio que enfrentarse a diario. No me ha reconocido ningún médico desde hace años y, aunque nadie me haya informado de su estado, sé que debe estar algo afectado por el continuo maltrato al que lo someto. Lo deduzco por la clara estadística que suele acompañar a quienes deben metabolizar cantidades desorbitadas de bebidas alcohólicas de forma sistemática; sin importarles marca, procedencia o estado del envase que las contengan.

El último en caer fue Salvador, otro consolidado beodo con el que compartía cartones en el chupano de la calle Desamparados —nunca más acertada fue la nomenclatura de una calle—. A este sujeto no le salvó ni su nombre, y eso que pensó que gracias a él era inmune a las inclemencias del tiempo y a los avatares de la vida, que no le había obsequiado precisamente con espléndida generosidad. Su mal, cirrosis hepática. Esa es la enfermedad que al parecer acabó con su crónica tristeza y sus persistentes angustias.

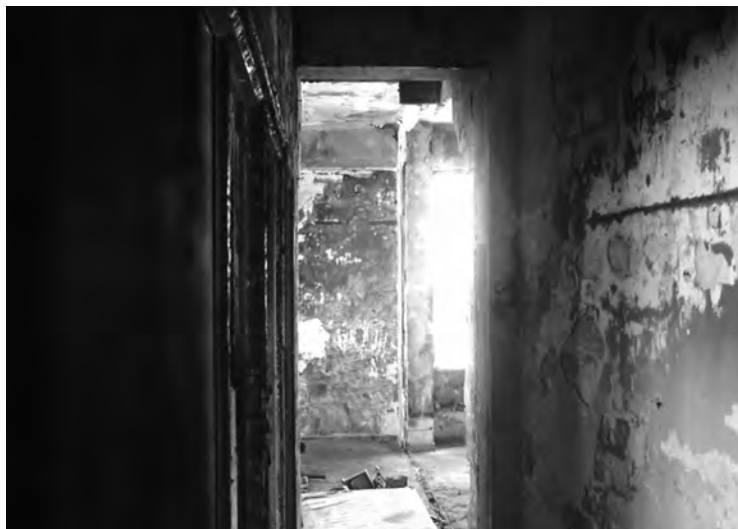
Fíjate, y él que se creía que solamente era un catarro mal curado al que, paralelamente, se le habría sumado una indigestión alimentaria, tal vez procedente de algún desecho en mal estado de los que adquiriría para su consumo en los contenedores del mercado de la Plaza de Castilla...

Hombre, a mí me comenzó a preocupar cuando le vi vomitar sangre por la boca, después de tirarse horas enteras tosiendo y dejarme sin dormir bastantes noches consecutivas de la fría estación en la que nos encontrábamos. No quise decirle nada para no alarmarle, pero la continuidad de sus estertores y esos síntomas descritos, ya me hicieron sospechar que su hígado estaba a punto de abandonarle por el mismo sitio por el que él había decidido contaminarlo.

El hecho de que me produjese un grave y perturbador insomnio, motivado por sus sonidos convulsivos y las expectoraciones ruidosas de su también dañado aparato respiratorio, suscitaron que debiera cambiar de habitáculo donde pasar las gélidas noches de invierno, y que, por tratarse de uno de los mejores refugios que habría tenido la fortuna de encontrar —al hallarse éste bastante hermético, ser notablemente acogedor y situarse cercano a los puntos estratégicos donde acostumbro a obtener los pocos ingresos que me abastecen de mi dosis diaria de vino—, no quise abandonarlo para dirigirme a otro donde poder conciliar el sueño, sin que nadie me despertara con sus molestos espasmos torácicos.

El pobre Salvador se acostó la noche anterior después de haber permanecido charlando y, cómo no, bebiendo hasta la saciedad de su acartonado envase de vino. El muy ingenuo se pasó media velada organizando planes para el

día siguiente... Si hubiera sabido que no se despertaría la próxima jornada, igual se hubiese acostado antes sin ningún remordimiento de conciencia.



Pero volviendo al cauce de mi compungida vida; mis últimos veinticuatro años, más o menos, los he pasado deambulando de un sitio para otro, intentando subsistir de cualquier forma posible, cargando con mis adicciones y sus problemas derivados. Soy de lo que popularmente se denomina un sintecho, un indigente, un trotamundos de toda la vida, llámenle como quieran; la cuestión es que cada día vago por las calles, buscando donde pernoctar la noche siguiente y, sobre todo, cómo conseguir ese litro de vino, cerveza o cualquier otro licor con el que poder irme a la cama y que me alivie de los continuos escalofríos, espasmos musculares o dolor de huesos que me produce el síndrome de abstinencia.

Mi mayor preocupación consiste en tener cubiertas mis necesidades éticas y que lo primero que me encuentre junto a mi catre cuando me despierte, sea ese fatídico trago de alcohol que me calme los temblores y todo el horroroso repertorio de síntomas y molestias físicas que les acabo de mencionar.

Después de pasar por diferentes etapas a lo largo de mi existencia, son numerosas las situaciones a las que me he tenido que enfrentar para no sucumbir al más absoluto desasosiego, a la desesperación y, como consecuencia a tanta soledad y penuria, la inexorable locura.

Ninguno de mis compañeros, cada uno con su lastre correspondiente, pese a compartir vivencias semejantes y paradigmas similares, puede ser considerado merecedor de mi extrema confianza. Mi último desengaño me lo llevé con el que creía era mi fiel e inseparable amigo Fidel —¡qué ironía de nombre!—. Llevábamos cohabitando, e incluso compartiendo nuestros inestimables y extasiosos líquidos embriagadores, dos años consecutivos, hasta que una noche, mientras el canalla pensaba que me encontraba en el más profundo de los sueños —seguramente el segundo o tercero según mi escala de valoración—, optó por registrarme las escasas y malogradas pertenencias que poseía, buscando, con toda probabilidad, algunas monedas que pudiera haber obtenido mendigando en el semáforo en el que suelo apostarme por las mañanas.

Pero sus siniestras pretensiones se vieron truncadas de forma súbita, ya que su idea de saquearme mientras me hallaba en brazos de Morfeo, ajeno a su vil ocurrencia

y a que no le ofreciera el más mínimo obstáculo para conseguir su lucrativa artimaña, se encontraba muy lejos de la realidad. El caldo de uva que había ingerido acompañado del traidor, no había terminado de completar sus efectos en mí que, reacio a dormirme sin estar completamente exento de peligro, pernoctaba con un ojo abierto para tratar de detectar a tiempo alguna posible e inesperada adversidad que pudiera contrariarme y poder de ese modo reaccionar y combatirla a tiempo.

Al sorprender a mi pérfido compañero con sus pezuñas en el interior de la mochila, rebuscando cuanto de valor pudiera agenciarse, fue tal la expresión de asombro reflejada en su rostro, que no pude menos que recriminarle su desfachatez, pese a los primeros e irrefrenables impulsos de partirle hasta el último hueso de su cara. Los exabruptos que le dediqué denotaban claramente mi estado de decepción y desconcierto, aunque preferí regalarle el oído con numerosas imprecaciones a llegar a la agresión física directa. No llegué a golpearle, aunque no me faltaron ganas, pero su repentina actitud implorando el perdón de quien se sentía sucio y rastroso, vil como una comadreja actuando con nocturnidad y aprovechando mi avanzado estado de embriaguez, supuso que me limitara a sacarle a empujones del pequeño habitáculo en el que le había dejado permanecer, desde que le viera maltrecho y sin recursos, peregrinando sin derrotero fijo donde poder cobijarse y durmiendo junto a un cajero automático sin puertas de la plaza de San Cristóbal.



Quizás se pregunten cómo llegué a mi situación actual —yo en su lugar haría lo mismo—, y lo cierto es que no lo sé; supongo que el transcurso de la vida y las diferentes fases por las que atraviesa cada persona, van marcando el destino de en lo que va a convertirse su siguiente etapa.

Después de pasar por algunos centros de acogida y cumplir con sus estrictos horarios, así como tener que soportar sus severas reglas, hará ahora alrededor de unos veintitrés años que llegué a la conclusión de que prefería seguir mi propio rumbo y marcarme mi particular disciplina.

Mi tendencia es a vivir de forma solitaria, sin necesidad de tener que aguantar el malhumor y los caprichos de otros individuos; pero la necesidad, en muchas circunstancias, y como me ocurriera a mí en más de una ocasión, te genera la obligación de acoger a aquel que no tiene a dónde ir y que, como yo, no desea estar sujeto a normas ni pautas de conducta institucionales.